

LLEIVÚN

Como Donatio de Sade chupa
el dedo gordo de Anne de Launay
para aplacar su hambre,
así devoro yo, mi niño, tu pelo de Barbie
y reconozco en ti al mismo ojo
turbio, de Bowie, alimentándome.
El ojo del amanecer, con su baile
vidriado, mágicamente, se abre. Apátrido
voivoda de un vientre de nadie, en que florecen
psicodélicas flores en un jardín secreto.
Ahora sé que mienten
al decir que los ángeles no tienen sexo.
Llueves lleivún sobre mi pecho
y tétricas flores de cementerio
que, al nacer, ya están muertos.
Pero no me importa, me gusta su trágico
aspecto. Como una proclama de revolución
sobre sus decapitados dueños. Al menos
no caerán en vano, sobre nuestra cama,
los amasados sueños. Son avaros
poemarios anquilosados, de puro viejo.
Pálido reflejo de lo que, quizá, fueron
para alguien. Extrañísima “pietá”
la que conforman, literalmente abiertos
de piernas, sobre mi epicentro.
Bonito acoplamiento
convocando a diestro y siniestro
pequeños necrodependientes. Como espero
lo será el nuestro, intuyo, diente con diente.
Tan lúgubre y hermoso como un susurro
áspero, de Peter Murphy, da...dada...dadadá...
arropándome, se palpa en el aire
tu corazón artificial.
Incluso cuando te levantas para orinar
lúdico y desvergonzado paridor
de luces negras, desde mi sofá
un arco iris luminoso
tu imperio, esplendoroso, se extiende
marcado el territorio (basto con be y con uve)
como Maldoror, rojo fuego
por todo el dormitorio.

EL VAMPIRO

Adolecas de la simplicidad de tu predecesor.
Tú más inquieto...más...fugaz...más...como un niño.
Misterioso, preciosista y salvaje al naufragar
mi pecho entre tus dientes.
Te doy a beber
el pelo verde de Baudelaire,
la cara oculta del doctor Caligari
cuajada en nuestra fotografía inexistente.

Oculto en una cinemática
nuestro latido intermitente,
barroco y arenoso,
neovictoriano y neo
romántico. Punzante, en el minuto pasado
que dejaste atrás, olvidado
y no soy yo.
El gótico que
sedujo a un batallón de damiselas indecentes,
como Masoch se arrodilla hoy
ante su Venus de las pieles,
besa mi mano y me regala
tantos argumentos como dientes
-treinta y dos huesecillos-
para desmarcarme del típico presente.

LA ROSA CHINA DE DAVID SYLVIAN
(C H I N O I S E R I E)

Entre una multitud
secretamente,
puede estar la diferencia
que te lleve, encantador
de serpientes, a gritar ¡amor!
Subido a un árbol.
La misma diferencia que nos hace
volver a Rosa, Rosita, la chinita
de la calle San Andrés. A los hombres con peluca.
Y somos tres
vestidos de negro, perdón, travestidos,
Eolo y yo, y la bella diferencia que nos llama
pero ¿sabes tú lo que eso significa?
Deja ya de golpear mi ventana,
o despertarás a todo el vecindario.
No eres de los Brönte,
aunque te empeñes en aparentarlo
pero hay algo de Heathcliff
en tus ojos y en tu lengua, de gitano.
Deja ya de gritarme
cada vez que no te hago caso.
Tú te lo has buscado, corazón. Además,
así vestido, Byron plastic passion,
pareces un payaso, y ni aunque fueses Boccaccio
te imprimiría más.
Ya estoy harta de que cada vez que bailo
elétrica
salsa con tu geometría
de B612, paranoia-paranoia, tú me sigas.
Y esta es mi (definitiva) anatomía:
no tatuaremos juntos
en cada ombligo, su asteroide.
Yo, Mary Shelley, a ti
Frankenstein, debí coserte
hace tiempo, un traje a tu medida.
Hacerte prometer, Prometeo desencadenado,

no hablarme de amor si te vestía.
Pero ahora estás en mi jardín,
mi escuálido maniquí,
con rosas de la china
Rosa, que no te aceptaría
ni aunque me las trajese el mismísimo
David Sylvian.
En tu caída
son archisabidos los lugares
de mi corazón, que has elegido al instalarte.
Como el árbol tuerto desde el que me espías
que nunca pude ni quise enderezar.
Tal como a una Mata-Hari sacerdotisa,
en una fotografía, sólo lo puedo mirar
pelear por un espacio a mi cuidado.
Ni siquiera Corbijn podría
revelar aún la dormida
verdad que hay en ti, de la que hablaba el poeta,
y eres para mí, en verdad, “la verdad de la belleza”
Te quiero. Te odio. Te quiero
gritar: ¡que le corten la cabeza!
Qué placer verte decapitado.
Puedo ser, lo admito, una arpía.
Pero hay algo que no cambiará,
mi amor por ti, intacto,
como la flor que pusiste en mi bolsillo.
Ahora pareces desconsolado. Mi niño.
Pero lo tuyo es como el bolero.
“Puro teatro”. Cutreatrito.
Y yo levanto el telón.
Has caído
como una maldición, desde mi cielo partido
en dos.
Te conozco. Te odio. Eres mi delirio.
Te abro mi corazón
como una exhibicionista.
Prefiero ser la que pudo reinar,
a una reina de corazones arribista.

.